

Sentido Holístico y Educación para el Presente Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

Miguel Francisco Crespo Alvarado

Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa, Venezuela
Grupo de Investigaciones en Pensamiento Sistémico, UNAB, Colombia
migcrespo@hotmail.com

Resumen

En esta segunda y última parte del estudio dedicado a revelar el papel que la educación latinoamericana del presente juega en relación al cultivo del sentido holístico, se despliega el Contexto Interpretativo de una cultura vacía de sentido. El modelo, en contraste con el planteado en el artículo previo, permite revelar la condición actual de la educación en nuestra región, revelando la urgente necesidad de replantear de manera profunda la manera en la que estamos formando a las nuevas generaciones.

Palabras clave: Sistemología Interpretativa, Historia Ontológica, Contextos Interpretativos, Cultura.

Holistic Sense and Education for the Present Part Two: The Horizon of an Empty Culture of Meaning

Abstract

In this second and final part of the study devoted to reveal the role that Latin American education's plays regard cultivation of holistic sense; we display the Interpretive Context of a culture empty of sense. The model, in contrast to the one proposed in the previous paper, allows reveal the current condition of education in our region, showing the urgent need to depth rethink the way in that we are teaching to the new generations.

Key words: Interpretive Systemology, Ontological History, Interpretative Context, Culture.

Introducción

En la primera parte de este estudio se desplegó, apegado a las bases onto-epistemológicas de la Sistemología Interpretativa¹, el Contexto Interpretativo de una cultura en la que el sentido era pleno, y por lo tanto, lo humano en tanto cualidad, brilla al máximo². Allí se pudo apreciar cómo, en los distintos niveles (Ontológico, Socio-Antropológico y Educativo) todo estaba dispuesto para el cultivo de un afán por armonizar, tanto individual como colectivamente, con el ocurrir. Se aclaró que se trata de un horizonte, un extremo irrealizable al que sólo se puede aspirar. Ahora, es momento de voltear hacia el otro extremo, el horizonte de una cultura en la que el sentido holístico es imposible.

1. Contexto interpretativo de una cultura vacía de sentido: Condiciones de posibilidad

El vacío absoluto de sentido es imposible de colocar en palabras. Cualquier cosa que se indique alude a un sentido aunque sea mínimo. Por ello, lo que expresaremos aquí referirá a una cultura en la que hay una gran pobreza de sentido, casi una pobreza extrema, pero no a un vacío total. ¿Qué condiciones permitirían que surgiera una cultura así? El sentido y su posible riqueza dependen del *sido-siendo*³, es decir, de cuanto haya quedado sedimentado en la cultura en la historia del ocurrir. Una incapacidad del *sido-siendo* para configurarse en el trasfondo que permita distinguir con claridad lo-que-sea-el-caso abriría las

¹ Ramsés L. Fuenmayor: "The Self-Referential Structure of an Everyday-Living Situation: A Phenomenological Ontology for Interpretive Systemology", *Systems Practice*, Vol. 4, Nro 5,1, 1991, 450-472. Ver también: "Truth and Openness: An Epistemology for Interpretive Systemology", *Systems Practice*, Vol. 4, Nro 5,1, 1991, pp. 473-490.

² Miguel F. Crespo: "Hacia una economía que cultive lo humano", *Revista Sistémica Libre*, Volumen 1, Nro 1, 2011, pp. 19-26.

³ Fuenmayor, R. L., *Op. Cit.*, "The Self-Referential Structure...", 1991.

puertas a la pobreza de sentido. Obviamente, entre mayor sea esa incapacidad, mayor será la pobreza, la cual tenderá hacia el sinsentido absoluto. Veamos cuáles son las posibilidades lógicas para tal incapacidad.

La primera es que se tratara de una cultura en proceso de gestación, por lo tanto, se trataría de una “protocultura”; es decir, de una cultura que todavía no es tal; que no cuenta con un lenguaje ni con una mitología. Un grupo de individuos que, por ejemplo, estuviera viviendo su primera generación de algo que más tarde será reconocido como una cultura —algo que, en este punto de la historia de la humanidad, sería muy sorprendente—. Pues bien, en esa protocultura el mundo y quienes lo habitan, serían algo nuevo, recién creado; algo sin historia o, al menos, con una muy reciente; por lo que las presencias que en *su* mundo ocurrieran, serían todas muy novedosas y misteriosas; poco distinguibles entre sí. En una cultura en gestación, se observarían entonces comportamientos guiados básicamente por eso que, desde nuestra perspectiva, llamamos “instintos”. Las actividades que los miembros de esa protocultura realizarían, serían pocas y limitadas, girando muy cercanamente en torno a lo que nosotros distinguimos como “necesidades fisiológicas”. Cada una de ellas, sin embargo, iría enriqueciendo *el sido-siendo* de tal manera que, con el paso del tiempo, el sentido del ocurrir sería cada vez más rico. Sería, pues, en nuestros términos, una protocultura en la que sus miembros se encuentran en un proceso de humanización. Y, si nada entorpeciera su crecimiento como cultura, pronto se parecería más a una en la que el sentido holístico es posible. Por tanto, el contexto que estamos construyendo no puede pensar en representar a una cultura que comienza a ser tal.

La posibilidad lógica que nos queda sería la de una cultura en decadencia; de una cultura “amnésica”, en la que lo vivido —su historia— se fuera olvidando sistemáticamente. De ser así, la presencia, anteriormente fuerte, se iría desdibujando con el tiempo. Cada generación viviría en un mundo que se va vaciando de sentido. En

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

otras palabras, sería una cultura en la que ocurre un proceso degenerativo parecido a lo que ocurre con las personas que padecen la enfermedad del *Alzheimer*. Poco a poco, el *sido-siendo*, entendido como una especie de memoria, iría quedando fragmentado; perdiendo solidez en la medida en que islas de olvido, cada vez más grandes, irían apareciendo.

De manera distinta a como ocurriría con una cultura nueva en la que todo sería igualmente pobre de sentido en sus primeros momentos, en las primeras etapas del proceso de deterioro de una cultura que va perdiendo su capacidad para el sentido, algunas presencias aparecerían sistemáticamente con mayor riqueza de sentido que otras. Aquellas que lo hicieran con un sentido pobre, causarían una *sensación de vacío*, entendiendo por ello eso que sentimos cuando *sabemos que algo debería estar allí, pero no lo está*. Se crearía, por tanto, un estado de confusión que en principio movería a los miembros de esa cultura a tratar de rellenar, de alguna manera, los huecos que la trama del sentido presentara. Sin embargo, en la medida en que la enfermedad fuera avanzando, el olvido llegaría hasta el afán mismo de sentido.

En efecto, como ocurre con los enfermos que padecen el mal del *Alzheimer*, que llegan a olvidar su enfermedad, la cultura en proceso degenerativo llegaría a olvidar que se encuentra olvidando. Ello equivale a decir que, la pobreza de sentido, cobraría algún sentido. Por tanto, dejaría de molestar y perturbar. Acostumbrarse a la oscuridad de lo pobre de sentido sería pues, el inicio del último tramo del camino hacia la deshumanización de esa cultura y su consecuente desaparición como tal. Los miembros de esa cultura, una vez aniquilada casi por completo la posibilidad para el sentido, podrían seguir tal vez con una vida casi meramente animal. Pero, por supuesto, no podrían darse cuenta de ello. Por tanto, tenemos que preguntarnos: ¿qué tendría que pasar para que una cultura entrara en un proceso degenerativo como el que aquí hemos descrito?

2. Contexto interpretativo de una cultura vacía de sentido: Nivel Ontológico

En el contexto de una cultura en la que el sentido holístico es posible, afirmábamos que las presencias y lo no-sensible, mantenían una vinculación en forma de relación recursiva esencial. Pues bien, para que una cultura se deteriorara al grado que hemos descrito, ese vínculo tendría que romperse de tal manera, que ambas caras de la dualidad física y metafísica, sostuvieran una existencia tan independiente la una de la otra, que inclusive se llegara a perder la noción de que en su momento estaban entrelazadas. Si ello llegara a ocurrir, lo no-sensible, al perder su referente, tendería además a difuminarse cada vez más, pues la falta de experiencia fenoménica que lo caracteriza, provocaría que su olvido fuera más rápido, dejando a lo sensible totalmente cosificado, vacío, sin ninguna vida, con muy poco o nulo sentido.

Cuando todo o casi todo lo que se presenta comienza a aparecer cada vez con mayor pobreza de sentido, el mundo necesariamente se va convirtiendo en algo extraño, ajeno, poco familiar. Los seres que en él viven, paulatinamente dejan de sentirlo como un hogar, como *su* hogar. Es, en todo caso, un espacio al que se encuentran atados, pero que no les pertenece íntimamente, pues cada vez menos son capaces de reconocer algún vínculo histórico u ontológico con él. Aunque en un principio, antes de que hubiesen olvidado que están olvidando, tendrían la inquietante necesidad de responder a la pregunta por el sentido de su existencia en ese lugar; pregunta a la que cada vez menos podrían responder de manera convincente.

Pues bien, en la medida en la que los hombres que viven en esa cultura que se encuentra en deterioro, fueran olvidando el sentido de su estar en el mundo, irían también dejando de sentir a ese mundo como algo imprescindible; algo sin lo cual, su existencia, sería simple y sencillamente imposible. Así, sin mayor problema, podrían deshacerse del

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

mundo si encontrarán la manera de tener otro. Por supuesto, resultándoles algo tan ajeno a ellos mismos, el mundo no podría ser visto como digno de cuidado. Actuar de una manera buena para con el mundo, no sería en todo caso un asunto que les preocupe.

Ese mundo, cada vez más extraño para sus habitantes, podría resultarles, también, cada vez más hostil. Sería un mundo en el que las catástrofes y otras situaciones escasamente comprensibles, serían consideradas como “peligros” que atentan contra sus vidas y contra su “bienestar”, sin que ellos tuvieran relación alguna con las causas de esos males. Por ello, se les haría imprescindible dominar al mundo. Sería necesario develar, para tal propósito, los misterios ocultos tras de la hostilidad del mundo. Sería menester también someterlo a la voluntad de quienes viven en él. Sólo así se podría sacarle provecho a tal mundo.

Los habitantes de ese mundo tendrían necesidades las cuales también empobrecerían su sentido. Por lo tanto, no sabrían bien a bien por qué requerirían eso que tan afanosamente buscaran. El mundo se iría convirtiendo ante sus ojos, en un gran almacén de recursos, recursos de los que se podría disponer para tratar de saciar apetitos, cada vez más desordenados. Simultáneamente, lo que en él se ubicará vería paulatinamente reducido su sentido, ya que se iría convirtiendo en un simple recurso; en un dispositivo cuya única razón de ser es su empleo. A partir de entonces, la actitud de cuidado a la que podrían evocar las cosas en ese mundo, dependería precisamente de qué tan útiles fueran capaces de aparecer a la vista de quienes las presenciaran. Así, todo haría un esfuerzo por parecer más utilizable que lo demás. Pues, aquello cuya utilidad sea dudosa, de inmediato sería desechado, sustituido por otra cosa más redituable.

Por supuesto, esa disposición cada vez más común para deshacerse de las cosas en esa cultura en la que se estuviera perdiendo la riqueza de sentido tendría que ver

con que las cosas irían viendo menguada su capacidad para presentarse como vinculadas históricamente con quienes las poseyeran. Como el mundo, las cosas se irían haciendo progresivamente más extrañas. En todo caso, su ser sería algo que se percibiría como ajeno a los individuos y a todo lo demás. Serían cosas en sí mismas, seres fijos que se sostienen por su propia fuerza contenida en ellos. Por tal motivo, tampoco necesitarían de cuidado alguno: las cosas podrían valerse por sí mismas.

Así, sólo algunas cuantas cosas, aquéllas que no hubieran sido del todo desvinculadas de los miembros de esa cultura con el olvido y su consecuente empobrecimiento de sentido, aparecerían como “especiales” y “dignas de cuidado”. No obstante, es necesario no confundirnos con esos términos. También algunas de esas cosas “especiales”, en cierto modo, aparecerían como francamente inútiles. O, en todo caso, su utilidad quedaría restringida a la capacidad que ellas tuvieran de “provocar nostalgia” a quienes en ese momento tuviesen apetito de tal cosa. Serían pues, vistas como “instrumentos” que desatan recuerdos. Y a eso se reduciría su valor. Por ende aquellas cosas que evocaran malos recuerdos, también serían desechadas como inútiles.

3. Contexto interpretativo de una cultura vacía de sentido: Nivel Socio-Antropológico

El pretendido bienestar de los miembros de una cultura en la que el sentido se empobrece de manera sistemática, sería una más de las distinciones que van viendo empobrecer su sentido. A los miembros de esta cultura cada vez les resultaría más difícil pensar en términos de un auténtico bien que trascendiera su individualidad. Así ocurriría porque la desvinculación histórica con la que gradualmente se irían percibiendo los individuos, no sólo incluiría a las cosas, sino también a los otros. En otras palabras, los miembros de esta hipotética cultura, se irían sintiendo cada vez más aislados de los demás a pesar de que vivieran en ciudades altamente pobladas.

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

Como todo lo presente, los individuos irían paulatinamente apareciendo ante los otros, como seres en sí mismos. Serían vistos, en ese tenor, como si fueran cada vez más autosuficientes; capaces de resolverlo todo por ellos mismos; lo que se acentuaría en la medida en que fueran olvidando su condición de “amnésicos”. Irían perdiendo, por tanto, sus vínculos profundos con los demás. Sus relaciones se irían haciendo cada vez más superficiales. Cada vez con mayor frecuencia, se vincularían con los otros en tanto ellos pudieran servir a sus intereses y necesidades. Así, se cuidaría del prójimo por los mismos motivos por los que una cosa pudiera llegar a ser considerada como digna de cuidado: por su utilidad. Pero, al igual que ocurriría con lo no-humano, los individuos aparecerían cada vez más como desechables; siempre sustituibles; siempre reemplazables. En tales condiciones, obviamente, se volvería difícil hablar de bienestar común. Porque la idea de bien iría quedando reducida a lo que cada individuo pudiera plantearse como su propio bien. Pero, también ese planteamiento iría siendo paulatinamente más difícil de responder.

El individuo, en una cultura como la que estamos describiendo, también iría perdiendo vinculación consigo mismo; con su pasado y con su futuro. Él también se iría percibiendo poco a poco como un ser fijo que no depende de sus circunstancias. Se comprendería como invariablemente él mismo, como el ser que eternamente vive su presente. Sus necesidades se irían haciendo cada vez más desordenadas ya que irían perdiendo el referente histórico que las ordena. Así, se iría cada vez más apeteciendo sólo lo del momento, sin importar las implicaciones ni las consecuencias que surgieran de la satisfacción de tales apetitos. Sería pues, un comportamiento cada vez más instintivo, cada vez más animal y menos humano. Para poder pensar en su bienestar auténtico necesitaría tener la capacidad de comprender su vida globalmente, como una totalidad. Pero, ¿cómo hacerlo si su existencia cada día presenta una mayor fragmentación? Aun en la cotidianidad, su vida

trascorriría como un conjunto de eventos sin relación entre sí.

Las actividades que los individuos realizaran, en esta cultura que va alejándose cada vez más de la posibilidad del sentido holístico, van siendo entendidas paulatinamente de manera más pobre; convirtiéndose tan sólo en un medio necesario para conseguir la satisfacción de sus necesidades particulares y caprichosas.⁴ Sólo en virtud de ello, realizarían las tareas propias de la actividad, que obviamente, no podrían aspirar —ni buscaría hacerlo— a ser como las *prácticas* en el sentido que MacIntyre ha dado a ese término⁵. Por el contrario, irían perdiendo el afán por buscar la excelencia del bien que produjeran. Quienes dirigieran los esfuerzos de los demás, no estarían tampoco motivados, ni por producir un bien excelente, ni por desarrollar en sus subordinados ninguna virtud excelsa. Para ellos la actividad también sería, cada vez más, tan sólo un medio para alcanzar satisfacción a sus necesidades. También sus subordinados irían apareciendo como simples medios de los cuales disponer; como instrumentos que fácilmente remplaceables, razón por la cual no sería necesario desarrollar virtuosismo alguno en ellos. Así, poco a poco, todos quedarían sumidos en un mar de mediocridad. Eso sería posible, porque la sociedad misma, paulatinamente, iría perdiendo su afán por la excelencia. Dado que las necesidades propias de cada momento, irían quedando sistemáticamente desvinculadas con su historia y entre ellas mismas, se iría perdiendo el buen gusto. Ya no habría un referente contra el que se pudiera contrastar aquello que se consume en el momento. Por tanto, la

⁴ En otro trabajo damos cuenta del deterioro de las prácticas y de la relación maestro-aprendiz en el presente. Ver: J. Cabrera y M. Crespo: “Il senso delle pratiche e la relazione maestro-apprendista oggi”, en *La svolta pratica in filosofia. Dalla filosofia pratica alla pratica filosofica*, Discipline Filosofiche, XV, I, 1ra Ed. Macerata, Quodlibet edizione, 2005.

⁵ Alasdair MacIntyre: *After Virtue. A Study in Moral Theory*, Second Edition, London, Duckworth, 1985.

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

mediocridad creciente con la que se producirían los bienes, iría siendo dócilmente aceptada. En todo caso, los bienes que se destacarían sobre otros, lo harían por su capacidad para satisfacer varias necesidades al mismo tiempo —cierto alimento, por ejemplo, pudiera además del hambre, satisfacer una necesidad de reconocimiento social y de estatus. Y esos bienes no necesitarían ser, efectivamente, los mejores; les bastaría simplemente, el estar de moda.

Asimismo, en la medida en que los individuos de esta cultura en decadencia fueran perdiendo el interés por la excelencia de los bienes producidos, se estaría perdiendo su atención en general por el bien común. Con ello, también la actividad política se iría tornando en algo de muy poco sentido. Ya no se trataría de esa actividad en la que se discuten el bienestar general y los medios para alcanzarlo. Aunque se siguiera hablando de ello, las realidades demostrarían que no interesa el bienestar general, sino el de unos cuantos individuos y grupos, que ven en la política la actividad más conveniente para enriquecerse y adquirir poder sobre los demás; y sólo en virtud de eso valorarían la actividad política. Pero, para aquéllos que por alguna razón o por otra, no tienen acceso a tal actividad, lo político llegaría a ser algo despreciable, en la mayor parte de los casos, algo indigno de cualquier tipo de atención o de cuidado.

Por lo que hasta aquí hemos dicho, puede entenderse, entonces, que en una cultura en proceso de deterioro, en la que el sentido del ocurrir se ha empobrecido, los individuos no serían capaces de responder a la pregunta por el sentido de la vida; ni siquiera de *su* propia vida.

En esa maraña de posibilidades a las que apuntan la multiplicidad de necesidades que irían surgiendo en cada momento, ¿cómo saber el rumbo que debiera tomar la existencia propia? Los procesos educativos deberían entonces poder ayudar a los individuos a resolver tal dilema. Pero, ¿qué es lo que ocurriría con la educación en

una cultura en la que se empobrece progresivamente el sentido?

4. Contexto interpretativo de una cultura vacía de sentido: Nivel Educativo

La educación también iría siendo víctima de ese empobrecimiento. Poco a poco, se iría viendo como algo superfluo; como un asunto de poca monta que no le aporta nada relevante a la vida de los humanos. Aun en el hogar los padres olvidarían educar a sus hijos. Y no se trataría de un simple descuido, se trataría de la convicción de que las cosas que pueden ser valiosas para vivir —cuando la vida es comprendida de la manera fragmentada en que ya la hemos descrito—, de alguna manera ya vienen “programadas para surgir”, por sí solas, en el individuo. De tal manera que sólo habría que esperar su aparición en cada caso. Más aún, se comenzaría a creer profundamente en ideas que advirtieran sobre los “peligros de educar”; es decir, de interferir en el “desarrollo natural” de los individuos; matando su “creatividad”, “autoestima”, “autonomía”, etcétera. Así es que los padres, cada vez más, preferirían justificada o injustificadamente, hacerse a un lado y esperar a que emergieran esas capacidades en sus hijos. Pero, de no ocurrir así, aún quedaría la alternativa de la escuela.

No obstante, los centros educativos también irían perdiendo la memoria del para qué fueron creadas. Como instituciones se irían limitando cada vez con mayor frecuencia a seguir unos planes que en algún escritorio fueran diseñados y que cada vez más estarían desvinculados de las realidades que vivieran los estudiantes. La educación que se otorgara en las escuelas iría paulatinamente abandonando la enseñanza de los asuntos más generales de la vida —tal vez porque se pensara que esa educación ya la deberían haber recibido los educandos en sus casas; o porque también se creyera que los niños ya vienen programados genéticamente para vivir—. El caso es que la preocupación de las escuelas se iría especificando a

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

asuntos cada vez más aislados, menos vinculados entre sí y menos relacionados con la vida cotidiana; se trataría de asuntos meramente de carácter técnico. ¿Por qué?

Dado que el sentido de la existencia se iría viendo reducido a la satisfacción de las necesidades que emergiesen en cada momento, lo que la educación comenzaría a encontrar como *lo importante* sería, precisamente, la enseñanza de los mecanismos bajo los cuales se pueden alcanzar la satisfacción de los distintos deseos. No obstante, de manera paulatina iría desapareciendo una enseñanza que permitiera a los individuos cuestionarse sobre el origen y la pertinencia de lo que fueran considerando como sus necesidades. Tampoco las implicaciones morales de la búsqueda de aquello que los satisface serían consideradas como temas para la discusión. Poco a poco, los “cómos” se irían pues, convirtiendo en *el asunto*. Y el espacio de los “porqué” y los “para qué” luciría cada vez más como innecesario.

Como consecuencia de lo anterior, la educación también se iría “pulverizando”. Con ello queremos indicar la sorprendente cantidad de asuntos que se creería que la educación debería abordar. Pero, no se trataría de asuntos profundos, vinculados a la sabiduría del vivir; sino de herramientas que apoyaran la búsqueda desenfrenada de cosas que satisfacen sus necesidades. A las asignaturas, digámoslo así, más *tradicionales*, se les irían sumando constantemente nuevas materias que se comprenderían como “indispensables” para que los educandos pudieran sobrevivir al campo de batalla en el que la vida, volcada a la satisfacción de necesidades inmanentes, se iría viendo transformada.

Otra cara que podría tomar la educación en una cultura como la que estamos describiendo, que se encuentra en un proceso de deterioro, sería, la de mera “mercancía”. De manera similar a todo lo demás existente, la educación iría quedando poco a poco reducida a instrumento, cuyo único valor es su utilidad. Pues bien,

para algunos, la utilidad de la educación sería la capacidad de comerciar con ella. Así, cada vez más habría escuelas de todos los niveles cuyo propósito sería simplemente la venta de servicios educativos; o peor aún, de documentos que probaran una supuesta enseñanza a cierto nivel, creando para ello toda una farsa en la que se pretende una educación que jamás existe. Estas “escuelas” irían proliferando en la medida en que la mediocridad, propia del olvido, fuera invadiendo todas las actividades humanas. Y, como sucedería con el resto de los bienes que se generaran en esa hipotética cultura, la sociedad las acogería con beneplácito ante la imposibilidad creciente de la búsqueda de la excelencia.

Por descontado, en una cultura en estado decadente, los maestros también perderían su sentido. La actividad docente se convertiría en un “trabajo más”; un espacio laboral de poca importancia en el que algunos individuos, seguramente mediocres, se ganan la vida. Debido a que los asuntos neurales de la vida, serían paulatinamente ignorados por la actividad educativa, la idea de que los maestros deberían ser los individuos más sabios y virtuosos de la sociedad iría perdiendo sentido. Por el contrario, cada vez más reinaría la idea de que cualquiera puede dedicarse a la actividad docente. Así, las aulas se irían llenando de maestros mediocres, dedicados a enseñar pobremente asuntos técnicos y superficiales, a alumnos que no les mueva el afán por la excelencia. Las consecuencias de ello, para la cultura, serían desastrosas y marcarían una sentencia de muerte definitiva para la que, alguna vez, fuera una cultura.

Hasta aquí el contexto interpretativo que representa a una cultura en la que el sentido holístico es imposible. ¿Hacia dónde va todo este discurso?

5. La educación latinoamericana del presente a la luz de los Contextos Interpretativos

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

Lo que hasta aquí hemos desplegado pudiera haber ocasionado en el lector la siguiente impresión: Tras leer el primer contexto, el de una cultura en la que el sentido holístico es posible, los planteamientos allí descritos podrían haberse percibido como idílicos, como pertenecientes a un mundo ideal pero imposible o al menos lo suficientemente alejados de nuestra realidad. Por el contrario, es probable que en la lectura del segundo contexto se sintiera como ante algo más familiar, apegado a la realidad que se presenta en nuestra América Latina de las primeras décadas del Siglo XXI. De ser esa su impresión, quien escribe este documento tiene que declarar que no se trata de una obra de la casualidad. Este ensayo nace por la convicción de que nuestra cultura se encuentra en un avanzado estado de deterioro, y precisamente ésa es la razón por la que el segundo contexto parece tan real — aunque hay que señalar que el simple hecho de que el contexto del sentido holístico aparezca como ideal, es indicativo de que aún el estado de deterioro en el que nos encontramos, nos permite ver entre sus grietas como deseable una cultura así, en la que ocurren cosas plenas de sentido.

Ahora bien, una gran parte de los discursos académicos de la actualidad no reconoce que la educación de nuestros días y la misma cultura, se encuentran en un estado decadente. Por el contrario, cuando son atendidos esos discursos, la sensación que queda es la de que todo va bien; que este mundo, nuestro mundo, cada vez está mejor o al menos de que está en un camino certero que lo coloca en las proximidades de ese estado mejor. Esa sensación queda, no necesariamente porque se hable de forma explícita acerca de lo bien que van las cosas, sino porque esos discursos están concentrados en responder a preguntas relacionadas con los “cómos” de la educación y la enseñanza. Así, a pocos parece importarles qué ocurre luego que los miembros más jóvenes de la cultura son educados. Quienes escriben o comentan en torno a la educación del presente, actúan como si tuviesen una claridad meridiana con respecto a las preguntas

fundamentales de la educación: ¿Qué, por qué y para qué educar? Preguntas que, para estos académicos, no son sino “pura teoría”.

Para este grupo dominante de académicos, entonces, lo que hemos hecho hasta ahora, resultará pobre de sentido, se trata de pura y llana “teoría”. ¿Qué es toda esta pérdida de tiempo? Es muy importante aclarar a quienes así piensan, que lo que hoy en día es designado como “teórico” es realmente lo único verdaderamente “práctico”. Con ello, no sólo nos referimos al hecho de que la reflexión de fines para la acción humana, y de los medios que están implicados en tales fines, había sido históricamente designada como una actividad práctica —de ahí que para Kant, por ejemplo, fuera la razón práctica la responsable de discutir los fines y sus medios.⁶ En contraste, la pura discusión de medios, que es aquello que hoy en día entendemos como “práctico”, tenía muy poco sentido. Pero, decíamos, no sólo queremos indicar ese hecho; sino que aun, en el caso en que comprendiéramos lo “práctico” de manera dominante, es decir, como la discusión superficial de los “cómos”; aún en ese caso llevar al cabo la tarea “teórica” es lo más “práctico” que hoy en día puede hacerse en cualquier asunto importante. Pero, con mucha mayor razón, en materia educativa. Expliquemos por qué eso es así.

Hay serios indicios de que en el presente latinoamericano sufrimos un grave extravío en materia educativa. Sólo por citar dos ejemplos pensemos, primero, en la multiplicidad de fines que suelen atribuírsele a la educación: formar ciudadanos, proveer a la industria del

⁶ Una explicación de cómo concibió Kant a la razón se encuentra en Fuenmayor y López-Garay: “The Scene for Interpretive Systemology”, *System Practice*, Vol. 4. No. 5, pp. 1401-418, 1991. También ahí, a través del esquema conceptual de Habermas, puede apreciarse el por qué, en el presente, tendemos a confundir lo “instrumental” con lo “práctico”. Se trata, en pocas palabras, de una manifestación más de nuestro “olvido”.

Sentido Holístico y Educación para el Presente
Segunda Parte: El horizonte de una cultura vacía de sentido

recurso humano necesario, crear buenos cristianos, desarrollar las capacidades intelectuales de los educandos, contribuir con el desarrollo económico, etcétera; hay quienes incluso piensan que la educación debiera dotar de los conocimientos que a cada quien le llamaran la atención; hay quienes de hecho aseguran que la educación debe cumplir con todos esos y otros propósitos. Sea cual sea el propósito de la educación, la imposibilidad para lograr un acuerdo con respecto a su fin —la cual nace precisamente en gran medida, porque simplemente ya no se discute al respecto— es pues, una muestra de que ignoramos el rumbo que las acciones educativas deben seguir. Muy estrechamente relacionado está el otro indicio de nuestro extravío: la amplitud del currículum.

En todos los niveles educativos, los planes y programas de estudio son cada vez más grandes, pretendiendo con ello, atender todos los asuntos que aparecen como importantes —que, en el nivel en el que nos encontramos, de empobrecimiento de sentido, resulta ser casi cualquier cosa—. En otras palabras, a falta de una mayor claridad con respecto del rumbo que debe seguir la educación del presente, pareciera que hemos decidido apostarle a todo; como si tuviéramos la esperanza ingenua de así “acertar en la diana”. Así las cosas, ¿de qué serviría comenzar a caminar si desconocemos el destino al que debemos encaminar nuestros pasos? ¿No es acaso, desde esa visión que confunde lo instrumental con lo práctico, el andar por andar lo más “impráctico”? ¿No es preferible hacer una pausa en el camino, para ubicarnos, encontrarnos a nosotros mismos, y entonces sí remprender la marcha? El Proyecto de Educación de la Sistemología Interpretativa⁷ se ofrece como la alternativa.

⁷ R. Fuenmayor: “Educación y la reconstitución de un lenguaje madre”, *Revista LOGOI*, Nro 4, pp. 39-58, 2001.